

DE LA MONTAÑA

Aldeanas modernistas.



Va cruzando la calle una jovencita de linda trenza y muy bien compuesta.

Quizá sea una señorita de estos contornos.

No lleva sombrero porque aquí no se usa, pero su traje azul marino de cuerpo ablusado y adornado delicadamente, revela un trato íntimo con los últimos figurines de modas, y su peinado primoroso tiene también una exacta relación con los modelos más recientes.

Me quedo mirándola con esa curiosidad menuda de los pueblos pequeños, donde sólo la fugaz aparición de una persona desconocida es un acontecimiento que nos mueve á comentarios.

Haciendo yo á mis solas uno de éstos, me he dicho calladamente..... ¿quién será esta chica?

Y apenas formulada esta pregunta silenciosa, he visto con sorpresa profundísima que la joven, llegando debajo de mi balcón, ha soltado un burro atado en la reja de una ventana baja, y dando dos fuertes aldabonazos en el portal, ha gritado con voz recia:

—¿Compran cebollas, ajos, espinacas, lechugas?.....

Ahora mi curiosidad ha tomado una forma definida y razonable que me impulsa á bajar yo misma á ver de cerca esta muchacha que, vestida de señora, viene á la villa á vender legumbres.

Pero sufro en seguida un pequeño desengaño, porque no hay en esta pobre niña nada de anormal fuera del corte elegante de su traje azul marino.

Es una aldeanita avispada como buena montañesa, brusca como

los contornos agrestes de su valle nativo empinado en las riscas altas de Cabuérniga

Trae salpicado de barro su ceñido vestido modernista, que en sus vuelos inferiores aparece lleno de «rabos».

Y trae fatigada y entristecida su carita graciosa; ásperas y encallecidas sus pequeñas manos coloradas....

*
* *

Apenas han llegado á ser abuelas las señoras que hoy nos refieren cómo «en sus tiempos», las aldeanas en cuanto empezaban á presumir, acumulaban sus ahorros con verdadero afán para mercar un refajo de rica bayeta, un vistoso mantón «de ocho puntas», y acaso también el clásico vestido de merino negro para la boda soñada.

Entonces por muy poco dinero se trabajaba mucho, y aquellas galas sólidas y modestas, ganadas á pulso, constituían el más noble orgullo de sus poseedoras. que las lucían con cierta gravedad solemne en días muy señalados, para conservarlas de unas á otras generaciones, salpicadas de alcanfor y guardadas con esmero en las hondas arcas antiguas.

Muchas veces en las cantidades economizadas para el logro de estas prendas anheladas, figuraba una peseta ganada por llevar un baúl desde cualquiera de estos pueblos hasta la estación del Norte en Torrelavega, cuyo camino se buscaba atajándole por senderos montaraces tan temerosos como los entonces aquí célebres *campos de Estrada*....

Hogaño la ambición de las niñas campesinas es de realización mucho más fácil, y se ajusta á unas cuantas varas de tela de cualquier clase, con tal que sea de «colores finos» y se adapta á tomar la forma de un traje de señorita.

En cuanto se casan y tienen hijos, abandonan bruscamente estos lujos, exóticos á sus costumbres y á la rusticidad de su vida, para volver á las prácticas faldas redondas y á las humildes chaquetas entalladas, aquellas á que alude la copla del corro dominguero: —*date la vuelta niña—dute la vuelta—que quiero ver el corte—de tu chaqueta.*

Pero mientras mocean en esperanzada soltería, es ya de rigor que nuestras aldeanas vistan á la moda de París y Londres, hasta en los

más apartados rincones de la provincia, exceptuando acaso solamente el valle de Pas.

En estos vecindarios reducidos, donde las mujeres de calidad y posición visten con acentuada sencillez y llevan destocada la cabeza, es muy difícil en un día de fiesta distinguir á primera vista en la calle, quién es la artesana y quién es la señora.

Pero aunque en ferias, paseos y romerías no nos extraña verlas vestidas á todas por un patrón semejante, he aquí que hoy nos ha causado una gran sorpresa encontrarnos un elegante vestido azul marino, sobre el cuerpo gentil de la niña que va con un burro vendiendo de puerta en puerta *cebollas, ajos, espinacas, lechugas...*

* * *

No respondo de los usos de todas las regiones españolas en artes de indumentaria femenina, pero puedo afirmar que en el próspero y adelantado Norte de España, es Santander la provincia que más generalmente y con más exagerada precisión ha vestido á la moda á sus campesinas.

Entre las aldeanas de Asturias, Bizcaya y Galicia, está afortunadamente, en mantillas, este espíritu de frívola y torpe vanidad que ciega á las montañesas del campo hasta el punto de someter todos sus empeños de encumbramiento á la posesión de un vestido de corte señorial.

Podrá la miseria de su vida someterlas á dieta rigurosa, pero ¡cuálquiera les quita las faldas sesgadas, los abrigos rectos y las mangas de jamón!

Los que casi insensiblemente nos venimos familiarizando con la prosperidad creciente de otras naciones, acaso no nos hemos detenido á meditar en su transcendencia; pero á menudo vienen los forasteros á señalarnos su importancia, como sucedió aquí una vez, cuando en la preparación de un gran negocio industrial se estableció en el pueblo una numerosa colonia de alemanes, que pronto se caracterizaron por su trato amable y expansivo.

Muchos eran obreros, otros mecánicos y todos muy despiertos y cumplidores de su obligación.

Cuando fueron haciendo amistades y dándose á entender en castellano, se mostraron muy rendidos admiradores de la gracia de las montañesas. Muchos las cortejaron asiduamente; muchos «se echaron»

novia formal; pero cuando se trató de casorio seriamente, señalaron con mirada expresiva y picaresca la cola picuda y las mangas ahuecadas de los trajes de nuestras aldeanas, y dijeron que *nones!*

Al poco tiempo vinieron aquí unas alemanitas muy rubias, muy sosas, muy limpias, con el peinado liso de rodete y los vestidos redondos, muy planchados, sin detalles, sin adornos, como uniformes de colegialas; gastaban amplios delantales con sendos bolsillos, y para ir á misa, unas nítidas tocas blancas.

Eran hermanas, hijas ó esposas de aquellos hombres observadores, prácticos y caseros, que, amantes de los hogares desahogados y apacibles, no quisieron para las casas que entre nosotros iban á fundar, mujeres que trabajaran arrastrando la cola.

CONCHA ESPINA DE SERNA.

